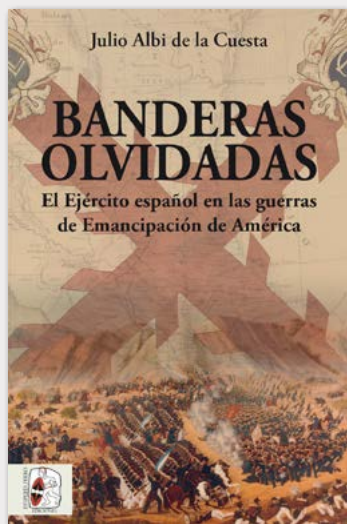


Ejército español en las guerras de Emancipación de América, 1809-1823

En esta obra de absoluta referencia, descatalogada desde hace años, Julio Albi plantea un magistral y rotundo recorrido por las guerras que sellaron la independencia de los territorios americanos de la Monarquía española, un exhaustivo análisis de los ejércitos, campañas y batallas tradicionalmente ninguneados en la historiografía española.



27-05-2019 – La editorial Desperta Ferro Ediciones publica *Banderas olvidadas. El Ejército español en las guerras de Emancipación de América* de Julio Albi de la Cuesta, académico correspondiente de la Real Academia de la Historia y autor referente de la Historia militar en nuestro país.

Banderas olvidadas es uno de los escasos estudios dedicados a los ejércitos que combatieron en pro de la Monarquía española durante los procesos de emancipación en la América española a comienzos del siglo XIX. Unos ejércitos malditos, como casi todos los derrotados. España prefirió perder la memoria de sus fracasos, olvidando al tiempo sus sacrificios y sus triunfos. Sin embargo, americanos y peninsulares combatieron unidos con una constancia admirable por lo que creían que era una justa causa. Julio Albi, autor de éxitos como *De Pavía a Rocroi. Los tercios españoles*, narra aquel tiempo con pasión, pero con ecuanimidad, un quinquenio de conflictos decisivo tanto para el futuro del continente como para la metrópoli, cuando un puñado de soldados se jugó el destino de países enteros, que en sus primeros años se desarrolla al compás de la Guerra de la Independencia y vendría marcado por las nuevas ideas políticas que eclosionaban a ambos lados del Atlántico. Capítulo a capítulo, Albi recorre los principales teatros de operaciones, analiza las fuerzas implicadas y describe las batallas combatidas, en un conflicto que tuvo tanto de guerra civil como de emancipación. *Banderas olvidadas* sirve, por tanto, de homenaje a los vencidos, habitualmente desdeñados por la historia, a los miles de españoles y americanos –de todo color, latitud y condición– que, desde Nuevo México al Chile más profundo, pasando por el altiplano boliviano, se dejaron la vida al servicio de un señor que seguramente no se merecía tan buenos vasallos. Unos hombres, una historia y unas banderas que merecen salir del olvido.

Disponible el miércoles 29 de mayo. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

Sobre Desperta Ferro Ediciones

Desperta Ferro Ediciones es una editorial independiente fundada en 2010 por tres historiadores que decidieron hacer de su vocación, la Historia, un modo de vida y apostar por un producto cultural de calidad y en papel. Actualmente la editorial cuenta con cuatro cabeceras de revistas (*Desperta Ferro Antigua y Medieval*, *Desperta Ferro Historia Moderna*, *Desperta Ferro Contemporánea* y *Arqueología e Historia*) y desde 2015 con una línea de libros en la que han visto la luz una treintena de títulos (catálogo completo [aquí](#)). En la actualidad, Desperta Ferro Ediciones cuenta con dieciséis profesionales en plantilla y decenas de colaboradores externos.

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



SOBRE EL AUTOR



JULIO ALBI DE LA CUESTA se licenció en Derecho e ingresó en 1973 en la carrera diplomática. Además de desempeñar diversos cargos en los ministerios de Asuntos Exteriores y de Defensa y, fuera de nuestras fronteras, en representaciones diplomáticas en Senegal, Estados Unidos, Italia y Francia, ha sido embajador en Honduras, Ecuador, Perú y Siria. Como historiador, es desde 2009 académico correspondiente de la Real Academia de la Historia y autor, coautor y editor de numerosos libros de historia militar, disciplina de la que se ha convertido en referente en nuestro país por obras clave como *En torno a Annual*, *Campañas de la caballería española en el siglo XIX*, *El Ejército carlista del Norte* o *De Pavía a Rocroi. Los tercios españoles*.

Su impecable uso del lenguaje y sus conocimientos históricos lo convierten no solo en un magnífico ensayista y escritor de artículos, entre los que destacan los elaborados para *Desperta Ferro Historia Moderna*, sino también en un gran narrador como demuestra su libro de cuentos, *Caminantes*, y la novela *La calavera de plata*. En la actualidad se encuentra preparando un libro sobre las guerras de España contra los moros de Joló y Mindanao, en Filipinas.



Vista de la entrada en la ciudad de Quito de las tropas remitidas por el Virrey del Perú 1809, óleo, ca. 1812. Museo de América, Madrid.

INDICE

Prólogo a esta edición

Introducción a la edición original

- 1 **EL EJÉRCITO DE ESPAÑA**
- 2 **EL EJÉRCITO DE AMÉRICA**
- 3 **LOS PRIMEROS EMBATES (1809-1811)**
- 4 **LA REACCIÓN ESPAÑOLA (1812-1813)**
- 5 **1814. TRIUNFOS REALISTAS**
- 6 **1815. GRANDES ESPERANZAS**
- 7 **1816. LA GUERRA INTERMINABLE**
- 8 **1817. LA PÉRDIDA DE LA INICIATIVA REALISTA. CHACABUCO**
- 9 **1818. MAIPÚ**
- 10 **1819. BOYACÁ**
- 11 **1820. SOLOS**
- 12 **EL EJÉRCITO REALISTA**
- 13 **1821. CARABOBO, EL PRINCIPIO DEL FIN**
- 14 **1822. PICHINCHA**
- 15 **1823. REVESES Y TRIUNFOS REALISTAS**
- 16 **1824. JUNÍN Y AYACUCHO. PASO DE VENCEDORES**

Epílogo

Conclusión

Apéndice I. Los cuerpos realistas

Apéndice II. Las unidades peninsulares y sus bajas

Bibliografía

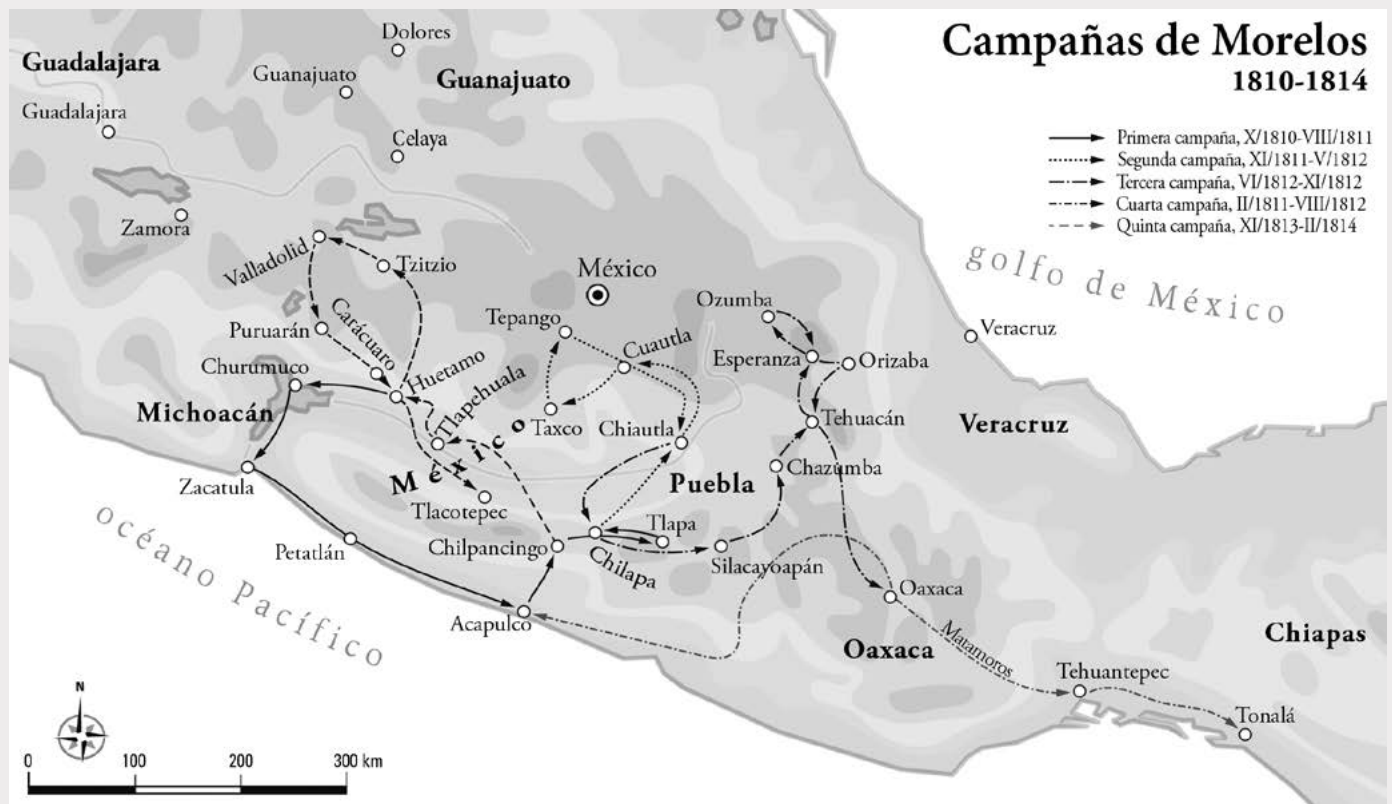
Índice analítico

CAPÍTULO 3

LOS PRIMEROS EMBATES (1809-1811)

En este capítulo no pretendemos hacer un estudio de las causas detonantes de los movimientos emancipadores – que Lynch ha analizado magistralmente– sino describir el inicio de los mismos desde el punto de vista militar. Es inexcusable, sin embargo, referirnos aunque sea brevemente a sus orígenes. Estos fueron complejos y variaron de una región a otra. Intervinieron factores económicos, como la incapacidad de la metrópoli para seguir desempeñando el papel de principal interlocutor comercial de las Indias y como el mantenimiento a ultranza de un pacto colonial claramente favorable a la Península. También los hubo de carácter social. Por ejemplo, el resentimiento de los criollos por ocupar una posición subalterna respecto a los europeos, o la existencia de amplias capas desfavorecidas en la población. Los principios de la Ilustración y de las Revoluciones americana y francesa dieron un sustrato ideológico al desencanto de las élites locales, verdaderos motores de la emancipación. Aún a riesgo de

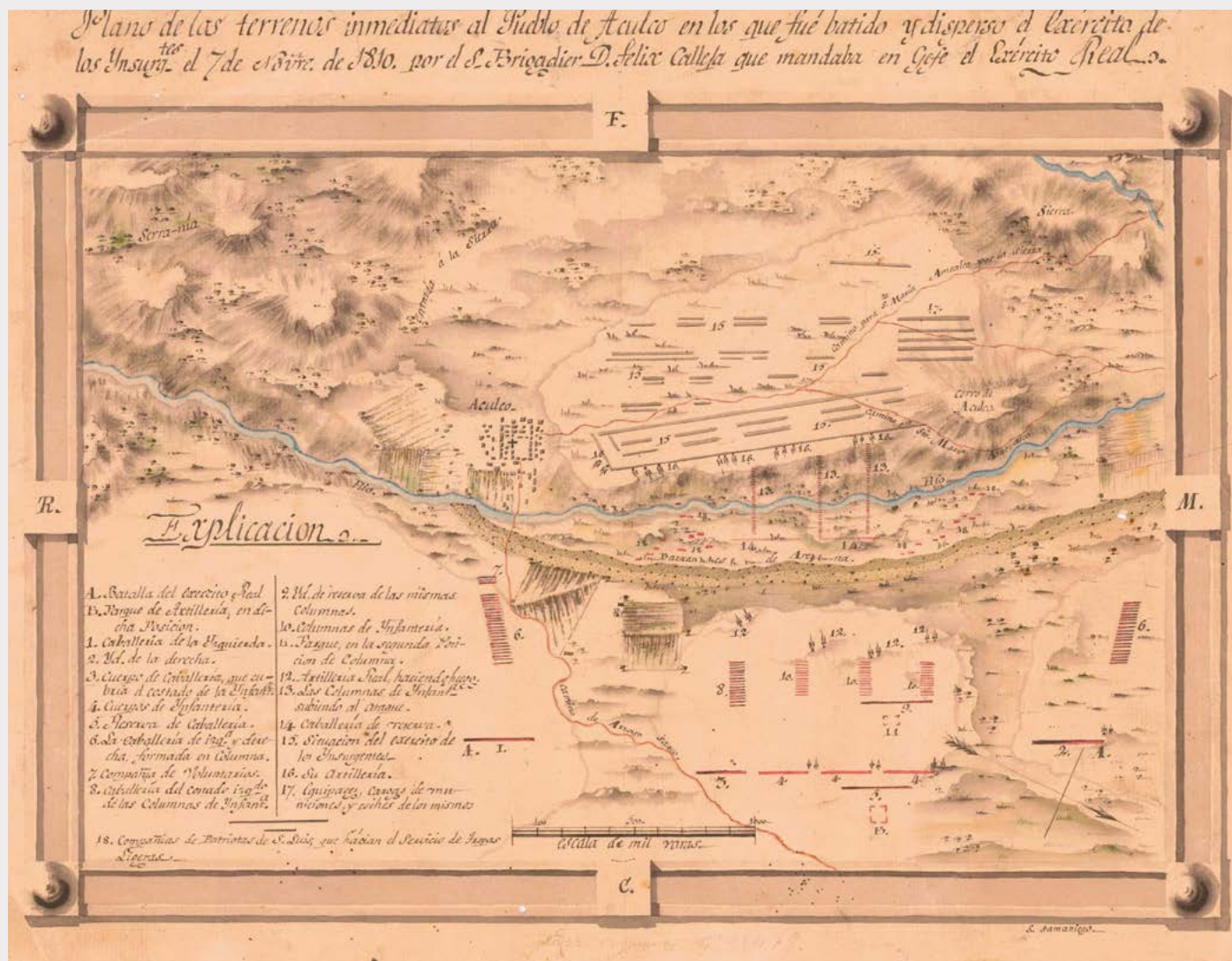
generalizar excesivamente, quizá se podría afirmar que excepto en el caso de México y muy pocos más –como en Alto Perú, por ejemplo– el movimiento fue sobre todo promovido por una minoría relativamente privilegiada, la formada por los criollos acomodados. Sus deseos por acabar con las trabas que España ponía a su desarrollo económico y social, y el temor ante el poder de nuevos grupos emergentes, como los pardos en Venezuela, por solo citar un caso, figuran entre los principales motivos de la revolución conservadora que fue la Emancipación. Se podría añadir que estos sentimientos conservadores movieron también, en ocasiones, a los criollos a apoyar a la soberanía española como garante de estabilidad social. Parece, además, indiscutible que España no supo aplicar una solución política correcta a las causas profundas del movimiento. En una primera fase porque, ensimismada en su propia Guerra de Independencia, concentró en ganarla toda su capacidad, relegando a un segundo lugar



los problemas americanos. La Constitución de 1812 pareció abrir una puerta a la esperanza, que luego se reveló injustificada. Más tarde, la Restauración de Fernando VII significó un intento de volver el reloj de la Historia a 1808, pretendiendo un imposible regreso *al statu quo* ante que, en todo caso, era ya en 1814 inaceptable para Ultramar. El bienio liberal y la reinstauración de la Constitución de 1812 solo sirvieron para sembrar el desconcierto entre los realistas de América mientras que el Gobierno de la Península tampoco dio los pasos necesarios para atraerse a los independentistas. El naufragio del experimento progresista y la invasión de los Cien Mil Hijos de San Luis, con el retorno del absolutismo implicó una vuelta a una política de fuerza que no solo estaba ya superada, sino que además España no podía imponer.

Hubo pues desde un incorrecto análisis de la situación, basándose «en el menosprecio de la capa-

dad de los revolucionarios y la convicción de que podrían ser fácilmente encaminados a la fidelidad»¹ hasta una negativa, tanto por parte absolutista como liberal, a introducir en la relación entre la Península y Ultramar los cambios profundos que eran imprescindibles. A pesar de sus buenas palabras, ni los sectores más avanzados españoles estaban dispuestos a adoptar seriamente una política de igualdad de representación de ambos lados del Atlántico, que debido a la superioridad numérica de americanos sobre peninsulares hubiera dado a los primeros la primacía sobre los segundos. En realidad, ninguno de los gobiernos de Fernando VII –por no hablar del propio rey– se plantearon la sustitución de la relación de subordinación entre España y las Indias por una más igualitaria. Es cierto, quizá, también, que difícilmente se podía esperar esto de una metrópoli.



Plano de los terrenos inmediatos al pueblo de Aculco en los que fue batido y disperso el ejército de los insurgentes el 7 de noviembre de 1810 por el brigadier D. Félix Calleja (1810), S. Samaniego.

CAPÍTULO 5

1814. TRIUNFOS REALISTAS

Ese año se produce un hecho trascendental, la expulsión de los franceses de la Península, seguida por la restauración de Fernando VII en el trono. Era de esperar que, una vez terminada la guerra, el rey se consagraría a la recuperación de sus dominios de Ultramar. El establecimiento de una Junta Militar para dicho cometido parecía confirmar esa política. Los primeros componentes del nuevo organismo, presidiendo por el infante Don Carlos, eran Palafox, Castelar, Villalba, O'Donnell, O'Donojú y Wimpffen, hombres de los que cabía esperar rápidos resultados. Pero mientras los generales deliberaban, en 1814 solo se enviaron a América, a Lima en concreto, 118 oficiales y soldados peninsulares, en la expedición número dieciséis de las organizadas por la Junta de Reemplazos. Aquel año llegó un único batallón, el II de Talavera, con unos mil hombres, que había salido de Cádiz el 25 de diciembre de 1813 con destino a Lima. En sus filas figura un cierto comandante de nombre Rafael Maroto, que andando el tiempo sería uno de los más distinguidos «Ayacuchos», como se llamó en España a los veteranos de la guerra de América, y figura principal del carlismo. Esta unidad peninsular concitó el horror de los independentistas que lucharon contra ella. Al parecer, los más incultos de ellos llegaron a pensar que los «talaveras» eran tan malvados que no podrían ser hombres normales y afirmaban que tenían cola como los demonios. Incluso existe al menos una novela sobre las andanzas de tan temido cuerpo.¹ Resulta difícil saber hasta qué punto es cierto que sus oficiales «habían sido expulsados de diferentes cuerpos de la madre patria por crímenes que habían cometido» y que los soldados habían sido «recogidos en las cárceles de derecho común, en los lugares de destierro y en las galeras».² Amunátegui³ es aún más duro. Dice que según informaciones de un coronel español,

[...] el Batallón había sido reclutado entre viciosos incorregibles y la escoria de otros Regimientos; que inspiraba a sus jefes tan poca confianza que cuando iban a embarcarlos para América los condujeron desarmados y con una fuerte escolta, dándoles las cárceles por alojamiento.

Este último parece discutible. La unidad se formó en el propio Cádiz, donde embarcó. Como tal, no hizo pues ninguna marcha por tierras peninsulares. Miller⁴ asegura que «los dos Batallones del Regimiento de Talavera se componían de la gente peor de la Península y por consiguiente se hicieron el terror de Chile por la manera sistemática con que ejecutaban toda clase de excesos y enormidades». Puntualicemos que a Perú llegó solo un batallón, que se desdoblaría allí en dos, con reclutas locales. Clonard, que seguramente habría mencionado la baja calidad de los componentes del cuerpo, como hace en el caso de otros, no apunta nada al respecto, limitándose a decir⁵ que el batallón se organizó y se equipó «lujosamente» y que salió de España «perfectamente vestido y armado». Es verdad, no obstante, que no se trataba de una unidad ya existente, sino que se organizó especialmente para el servicio en América. Resulta, pues, verosímil que en ella tuviera entrada el deshecho de otros cuerpos o gente procedente de la leva, casi siempre de baja estofa. Por otro lado, Talavera, en una época en la que prácticamente no existía policía en el sentido moderno del término, fue utilizado como instrumento de una durísima represión, lo que de por sí solo bastaría para justificar el pésimo recuerdo que dejó.

CAPÍTULO 8

1817. LA PÉRDIDA DE LA INICIATIVA REALISTA. CHACABUCO

La Junta Militar de Indias y Reemplazos continuó en 1817 sus esfuerzos por alimentar la guerra en Ultramar. En la relación de componentes de la misma figuran ese año dos tenientes generales de la Armada –Álava y Villavicencio–, lo que refleja la importancia de los problemas navales que tan distantes campañas planteaban y que, sin embargo, una marina casi inexistente nunca pudo resolver. En cuanto a los cuerpos que marcharon a Ultramar, fueron los siguientes: el Regimiento de Infantería Zaragoza, con dos batallones, a Nueva España. Los regimientos de infantería de Navarra y de Burgos, a Perú, también con dos batallones cada uno. Como caballería, tres escuadrones, asimismo para Perú. Como veremos más adelante, la presión de los acontecimientos hizo variar sensiblemente los puntos de destino de estas unidades. Morillo retuvo en Venezuela a Navarra al completo, al II de Burgos y a dos escuadrones de caballería. Solo el I de Burgos y un escuadrón llegarían a Arica, diezmados por el escorbuto, inevitable en aquella época de tan largo viaje. A cambio de estas fuerzas, el general español cedió a Pezuela el I de Numancia, que tanto daría que hablar. El resultado de estas maniobras fue una completa distorsión del plan inicial de refuerzos. Concebido bajo la idea de que en Venezuela la soberanía española estaba restablecida, y que el Perú era base de operaciones contra el Río de la Plata, no preveía tropas para la primera región, mientras que atribuía al virreinato limeño la cifra –relativamente muy elevada– de cuatro batallones y tres escuadrones europeos. En la práctica, solo llegó uno de los

primeros y uno de los segundos, además de un batallón americano como era el I de Numancia.

Mientras, en la Península se siguieron reuniendo fuerzas para Ultramar. En ese año de 1817 había en Andalucía, concentrados al efecto, cuatro regimientos de infantería – Rey, Soria, Asturias y Princesa– con la nueva organización de tres batallones cada uno. Otros dos regimientos de línea – Cantabria y Aragón– con dos batallones, y dos batallones adicionales de infantería ligera: Canarias y II de Cataluña. La caballería acantonada se había reforzado muy notablemente, hasta contar con los regimientos de Farnesio y de Dragones del Rey. Al tiempo, el antiguo Depósito de Caballería se había transformado en Regimiento de Cazadores del Rey. A efectos esencialmente administrativos, este conjunto de tropas estaba distribuido en dos divisiones de infantería de línea, una brigada de infantería ligera y una división de caballería. Estos aprestos militares se complementaban con propuestas relativas al futuro uso de las fuerzas, que reflejaban que todavía existían abogados de la mítica expedición al Río de la Plata. Así, por solo citar un caso, un informe de 29 de septiembre de ese año indicaba¹ que «Montevideo es sin duda alguna base de operaciones militares del Río de la Plata y su posesión es de absoluta necesidad». Su autor preconizaba, sin embargo, una estrategia indirecta ante el problema que planteaba la presencia portuguesa en la Banda Oriental: «el Ejército de Chile debía ser el que obrase activamente, y no el del Alto Perú». Para ello se le debería reforzar hasta que llegara a la cifra de 11 500 hombres. De ellos,

dos mil tenían que ser de «Caballería Ligera del país»; otros tantos, dragones europeos; mil, de caballería de línea peninsular; dos mil, de infantería ligera; cuatro mil, de infantería de línea; quinientos, de artillería. La idea era que este ejército atacara Mendoza, para luego tomar Córdoba, después Buenos Aires y finalmente, avanzar hacia Montevideo. Era justamente el plan contrario al que San Martín puso en práctica. Este atacó Chile partiendo de Mendoza. El redactor del informe proponía, por su parte, una ofensiva desde Chile a esa ciudad argentina.



Batalla de Chacabuco (fecha desconocida); óleo de Pedro Subercaseaux (1880-1956), Museo Nacional de Bellas Artes, Buenos Aires.

CAPÍTULO 9

1818. MAIPÚ

Si en 1817 el número de tropas enviadas desde España a América fue muy bajo, ya que se situó en torno a los tres mil hombres, en 1818 disminuyó aún más, no alcanzando la cifra de dos mil. Todavía se mantenía en torno a Cádiz un importante contingente que, solo en infantería, suponía dieciséis batallones pertenecientes a los regimientos Rey, Soria, Asturias, Princesa, Aragón, Canarias, Voluntarios de Cataluña y Depósito de Ultramar. Pero en ese año la Corte pareció concentrar todos sus esfuerzos en obtener, sin éxito, el concurso de las potencias europeas reunidas en Aquisgrán para que le ayudaran a resolver el problema americano. En la práctica, durante 1818 solo se mandó el Regimiento de Infantería de Cantabria.¹ Este cuerpo había recibido en 1814 órdenes de prepararse para partir con destino a Chile y Perú, a cuyo efecto debía organizar dos batallones. Hasta 1816 no estuvieron formados, pero entonces se decidió emplearlos en las obras del canal Fernandino. Con los jornales así devengados se pudo uniformar a la tropa. Fácil es de imaginar cuál sería la situación del erario cuando había que recurrir a emplear a soldados como jornaleros para poderlos vestir. Más tarde, cuando Burgos, Navarra y Zaragoza embarcaron para Ultramar, Cantabria hubo de desprenderse de parte de sus efectivos para completar dichas unidades. Ello, a su vez, le obligó a reclutar gente de otros cuerpos para llenar sus filas. El 8 de mayo de 1818 los soldados así incorporados se amotinan por el sempiterno problema de atrasos en las pagas. «Desplegando una energía suprema», los oficiales controlan a la tropa. Al día siguiente, se embarca el regimiento. Resulta sorprendente que las autoridades militares tomaran esta decisión, teniendo en cuenta las pruebas de indisciplina que acababa de dar Cantabria. No tardaría en demostrarse la grave equivocación que cometieron. Junto a los dos batallones se hace a la vela una compañía de artillería volante y un escuadrón de dragones que a veces aparece designado con el curioso nombre de Cazadores-Dragones.

El 25 de junio, ya en alta mar, uno de los once transportes que componían el convoy se separa del mismo.

Las dos compañías que llevaba a bordo aprovechan la ocasión para sublevarse, asesinar a los oficiales y obligar al capitán a dirigirse a Buenos Aires. Allí no solo entregan el buque, sino que dan al enemigo el código secreto de señales del convoy y las órdenes reservadas que indicaban su destino. Esta información es transmitida a las autoridades independentistas de Chile, que sin pérdida de tiempo envían cuatro naves a interceptar a los españoles. El primer barco que cae en sus manos es la fragata María Isabel, que escoltaba al convoy y que solo hará una defensa simbólica. Pasará a llamarse O'Higgins y se convertirá en la capitana de la Armada chilena. A medida que los transportes van llegando, anclarán a popa de la fragata –donde todavía ondea bandera española– obedeciendo las órdenes transmitidas por los independentistas con el código capturado. Así caen prisioneros gran parte de los dos batallones. Solo se salvaron de la trampa cinco naves: San Fernando, Atocha, Santa María, Javiera y Especulación. Las cuatro primeras llegaron a Talcahuano, donde desembarcaron a los hombres que transportaron. Estos tuvieron que emprender desde allí la larga marcha hasta Valdivia, con el resultado de que «sucumbieron los más víctimas del hambre, de la fatiga y del sentimiento labrado por los infortunios». La suerte de los que navegaban en la Especulación fue apenas mejor. El barco tardó más de cuarenta días en pasar el cabo de Hornos, se declaró el escorbuto a bordo, hasta el punto de cobrarse seis vidas diarias, y a partir del 27 de septiembre se agotaron las medicinas. Cuando por fin llegó al Pacífico, no pudo encontrar el resto del convoy, con el que había perdido el contacto. Se reúne entonces una junta de guerra, a la que acuden todos los oficiales disponibles «con sus insignias, espadas y hasta golas, signos de completo ceremonial en los actos de servicio más importantes». En ella se opta por no esperar a los demás transportes y poner rumbo a El Callao. El 25 de octubre, la Especulación llega a su destino, tras más de cinco meses de navegación. Lleva a bordo solo 37 hombres sanos; 53 «en el primer grado de la enfermedad del escorbuto»; 92, en el segundo grado; 30, en el tercero. De estos últimos, tres murieron en la misma noche que

desembarcaron. A primeros de noviembre, el regimiento pasaba revista con doscientos diez hombres. Este fue todo el refuerzo de infantería que España situó en América en 1818. Los otros quinientos supervivientes que llegaron a Talcahuano serán exterminados en la última campaña de Chile. Con razón dice Miller² que:

[...] la toma del convoy fue un acontecimiento de la mayor importancia, pues impidió que

se reunieran más de 2000 hombres de tropas de refresco a los 1600 que mandaba Sánchez, cuyo número hubiera podido aumentarse en poco tiempo por medio de quintas hasta 5000 hombres, fuerza suficiente para amenazar nuevamente a Santiago, de donde había salido una parte considerable del Ejército de los Andes y atravesado la cordillera en auxilio de la República Argentina.



Los Artilleros de Borgoño en la Batalla de Maipú (1943), óleo de Pedro Subercaseaux (1880-1956), Museo Histórico y Militar de Chile, Santiago de Chile.



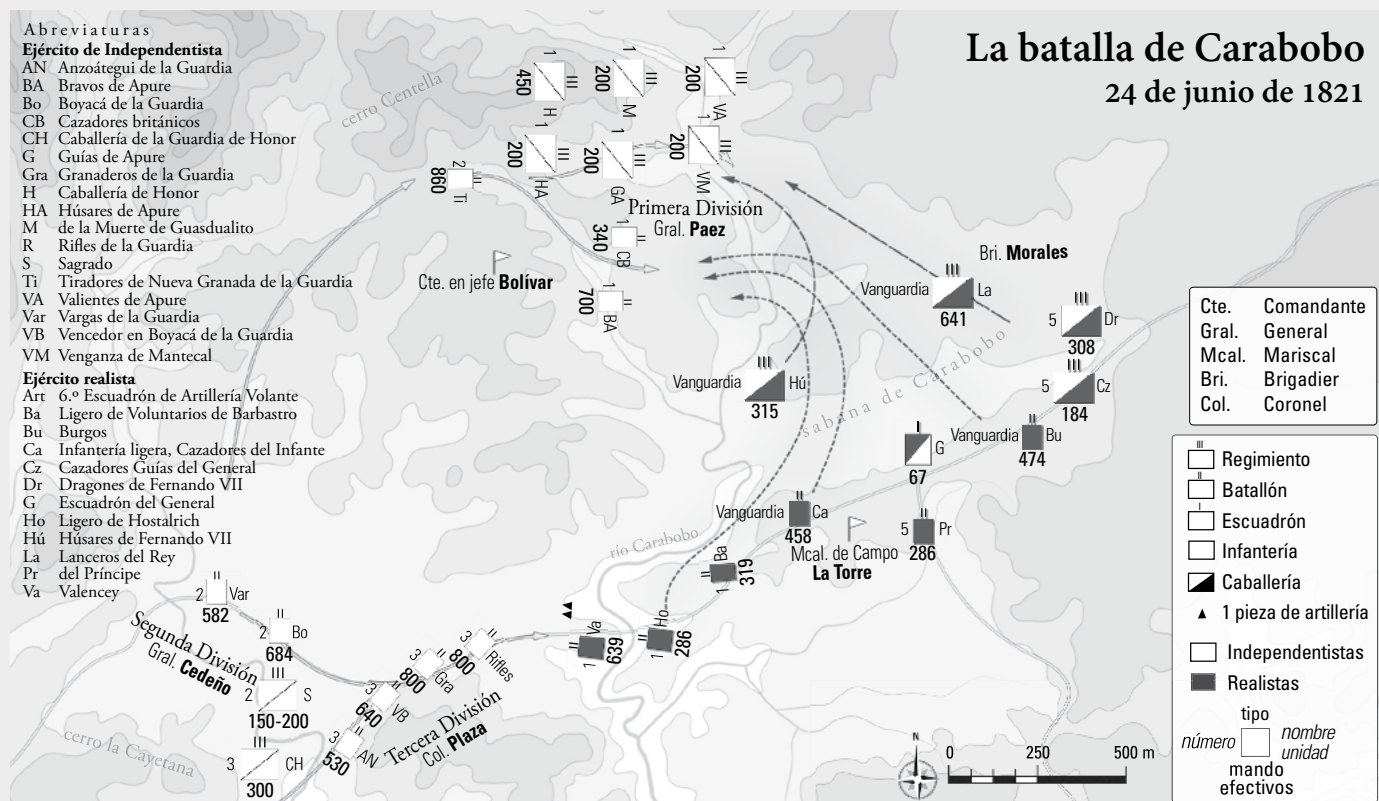
Los Cazadores de la Escolta directorial en la Batalla de Maipú (1948), óleo de Pedro Subercaseaux (1880-1956), Pinacoteca del Ejército de Chile, Santiago de Chile.

CAPÍTULO 13

1821. CARABOBO, EL PRINCIPIO DEL FIN

En ese año surgen ya abiertamente a la luz los problemas entre realistas liberales y conservadores que se venían gestando al menos desde el final de la Guerra de Independencia de España, y que se habían recrudecido tras el triunfo de la sublevación de Cabezas de San Juan. Prácticamente en todos los territorios todavía en manos de los partidarios de Fernando VII se producirán manifestaciones de ese funesto fenómeno. En México, Agustín de Iturbide, que encabeza un sector realista descontento con la política de Madrid hacia las Indias, proclama el 24 de febrero el Plan de Iguala, intento imposible por conciliar los intereses de ambos bandos. Idealmente, «garantiza la religión que heredamos de nuestros mayores. A la casa reinante de España proponía el único medio que le restaba para conservar aquellas dilatadas y ricas provincias. A los americanos concedía la facultad de darse leyes y tener en su territorio el Gobierno».¹ Pretendía, pues, «dirigirse a la vez a los patriotas fogosos, a las inteligencias maduras y a los egoísmos aislados».² En realidad,

en la práctica sería inaplicable. Ni los realistas podían aceptar una independencia más o menos encubierta, ni sus rivales la prolongación del régimen monárquico. Tenía en cambio la ventaja de ser, en principio, considerablemente atractivo para todas las facciones. Así, parecía que por un lado, ofrecía a los sectores conservadores el mantenimiento de los aspectos más esenciales del *statu quo*. A los progresistas, por otro lado, les presentaba la posibilidad de un cambio, aunque no fuera radical. Era, pues, una alternativa entre el inmovilismo y la ruptura. Para llevar a la práctica su plan, Iturbide –nombrado en noviembre de 1820 comandante general del Sur– contaba inicialmente con unos 2500 hombres, incluyendo fuerzas de los batallones peninsulares de Fernando VII y Murcia (antiguo Primero Americano). En un principio, estos aceptan el nuevo estado de cosas. Sin embargo, al comprender el alcance del movimiento, la mayoría de los europeos se alejan de él, quedando con Iturbide solo una compañía de Murcia y otra de Fernando VII.³



CAPÍTULO 16

1824. JUNÍN Y AYACUCHO. PASO DE VENCEDORES

Los primeros acontecimientos de 1824 parecieron justificar el optimismo con que los realistas habían acabado el año anterior. El Ejército independentista, en efecto, atravesaba entonces por uno de sus peores momentos. El fracaso de las Campañas de Intermedios había diezmado a las unidades, y su moral se había además resentido por la disidencia de Riva Agüero, que tan cerca estuvo de provocar una guerra civil. Las tropas peruanas habían perdido sus mejores hombres en las desdichadas operaciones de Santa Cruz. Las argentinas estaban muy debilitadas tras tantos combates y los años de lo que, en la práctica, era un exilio de su propio país. Las chilenas no se hallaban más boyantes. El motín del 7.º Batallón en 1823, había demostrado su estado de ánimo, y la deposición de O'Higgins ciertamente no había contribuido a mejorarlo. En cuanto a los colombianos, experimentaban todas las dificultades inherentes a operar en una tierra desconocida. En conjunto, sin embargo, aquellos cuerpos suponían una cifra de combatientes nada despreciable. Eran unos 6800 hombres, repartidos entre Trujillo y otros puntos del norte. Como fuerzas peruanas se contaba con el II de la Legión, el I de la Guardia, el Regimiento de Tiradores de la Guardia, los batallones números 2 y 3, el Regimiento de Caballería Coraceros, el Escuadrón de Lanceros de La Victoria, los

Húsares de Riva Agüero, el Escuadrón de Húsares del Perú y los de Húsares de la Guardia. Las colombianas pertenecían a los batallones Rifles, Vencedor, Voltígeros, Pichincha, Bogotá y Vargas (el Istmo, que también había llegado, fue disuelto para reforzar a los demás) y a caballería. Las argentinas alineaban el Regimiento del Río de la Plata, el Batallón número 11 y el Regimiento de Granaderos a Caballo. Las chilenas, al Batallón número 2.¹

El Ejército realista, por su parte, estaba exultante por sus recientes triunfos y se hallaba bien provisto de todo lo necesario gracias a la verdadera industria militar que se había improvisado en Jauja. Sus componentes, en gran mayoría indios de la sierra, realizaban de forma casi rutinaria marchas asombrosas, que convertían a aquellas unidades en las más maniobreras de ese teatro de operaciones. Así, en la campaña del año anterior, los hombres de Valdés recorrieron siete leguas diarias durante 55 días seguidos, y más tarde, 39, en solo tres jornadas, hazañas de las que solo ellos eran capaces. Ciertamente, «admira la facilidad y prontitud con que se ordenaban y emprendían movimientos sobre una extensión de casi 200 leguas, por caminos frágiles en la estación de lluvias, y casi sin recursos, más todo se facilita cuando la subordinación es severa y los interlocutores inteligentes y bravos».²



Memorable y decisiva batalla de Ayacucho en el Perú (1826), grabado de Denis-Auguste-Marie Raffet (1804-1860).



Retrato del teniente general del Real Ejército Pablo Morillo (1778-1837), óleo anónimo de fecha desconocida, Museo Naval de Madrid.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

